

El latín bíblico y el latín cristiano: coincidencias y discrepancias

1. INTRODUCCIÓN

El tema general que voy a tratar aquí se refiere a las relaciones entre «el latín bíblico» y «el latín cristiano». Se trata de saber si existe un latín bíblico como fenómeno lingüístico especial dentro del marco más amplio del latín cristiano. Si existe, cuál es de hecho su entidad propia y cuál es la influencia que ha ejercido en el propio latín cristiano, si es que ha ejercido alguna, y cuáles son en definitiva sus características más señaladas.

El tema evidentemente tiene algunos aspectos más que discutibles. La escuela de Nimega, por ejemplo, pionera y representante más destacada de los estudios sobre el latín cristiano desde hace más de 50 años, no hace distinción alguna entre «latín bíblico» y «latín cristiano». Aún más, ni siquiera se plantea el problema de una posible diferenciación. Para esta escuela el latín de las versiones bíblicas constituye un ingrediente más del latín cristiano. Esta misma postura adoptan también otros tratadistas del latín cristiano, fuera ya de la escuela de Nimega.

Como intentaré demostrar a continuación, esta actitud va en contra de la antigua tradición cristiana sobre el latín bíblico, representada fundamentalmente por San Jerónimo y San Agustín, y va en contra también de los datos concretos. El latín bíblico constituye de hecho una entidad lingüística propia, que puede y debe ser estudiada aparte. Sus diferencias con respecto al latín cristiano van desde el campo sintáctico hasta el campo léxico y semántico, sin olvidar naturalmente el campo estilístico, tan novedoso para la